

## LA HUELLA DE CUBA EN RAMÓN Y CAJAL

### 1. INTRODUCCIÓN

Santiago Felipe Ramón y Cajal (1852 –1934) participó en el ejercicio de la medicina militar en la Guerra de los Diez Años en los hospitales como capitán médico de campaña de “Vista Hermosa” y “San Isidro” en la provincia de Camagüey, y como muchos militares españoles enfermó de disentería y paludismo. Pasó la convalecencia en la ciudad de Camagüey, lo que fue muy beneficioso para su salud. De esta etapa de su vida, el propio Cajal atestiguó: “...fue la época más agradable de mi estancia en Cuba”. De regreso al teatro de operaciones en la manigua insurrecta, estuvo cerca de la muerte por caquexia palúdica.

En sus autorizadas memorias, como uno de los últimos defensores de nuestro vestigio colonial, nos deja un desolador testimonio de la corrupción y la ineficacia del Ejército español y de la situación de penuria y abandono de unos desdichados soldados que mueren más por enfermedad y desnutrición que por las balas de los insurrectos.

Al volver a España continuó la carrera docente y la investigación en las ciencias morfológicas, donde cosechó importantes triunfos. En 1906 le fue adjudicado el Premio Nobel de Fisiología y Medicina por el descubrimiento de la sinapsis.

### 2. ¡TODO POR LA PATRIA!

En junio de 1873, recién terminados sus estudios de Medicina, el presidente Emilio Castelar promulga la ley de reclutamiento obligatorio. Mantener el poder y el lucro colonial de unos pocos exige más sangre del pueblo, al que se le hace soñar con la gloria y el honor. Cajal entra de soldado con su quinta. En *Recuerdos de mi vida*, don Ramón y Cajal nos habla de ello:

“En junio de 1873, y a la edad de veintiún años, obtuve el título de Licenciado en Medicina. Deseaba mi padre conservarme algún tiempo a su lado, para estudiar a conciencia la *Anatomía descriptiva y general*, con el objeto de tomar parte en las primeras oposiciones a cátedras de esta asignatura; pero la llamada *quinta de*

*Castelar*, es decir, el servicio militar obligatorio ordenado por el célebre tribuno para hacer frente a la gravedad de las circunstancias políticas, malogró el programa paterno”.

En Madrid se presenta a la convocatoria de oposición para médico segundo de la Sanidad Militar. Gana una plaza y es enviado en septiembre de 1873 con el grado de Teniente Médico al Regimiento de Burgos, para atender a las tropas de operaciones contra los carlistas en la provincia de Lérida, Cataluña. Por las tierras de Lérida, su unidad persigue carlistas a los que al parecer no hay ocasión de disparar y, afortunadamente, a la enfermería no llegan heridos.

Poco después, para cubrir las bajas ocurridas en la Sanidad Militar en la Isla de Cuba, se celebraron nuevas oposiciones en las que obtuvo el ascenso a primer ayudante médico con el grado de Capitán. En abril de 1874, en plena Guerra Independentista de los Diez Años, recibió la orden de traslado a Cuba.

El joven Cajal, hechizado como tantos otros con la oportunidad de vivir aventuras y alcanzar gestas a mayor gloria de la Patria, va a recibir un baño de realidad que cambiará la visión de su país y sus gentes:

“En vez de lamentar el resultado del sorteo, sentí ínfima satisfacción: iba a cruzar el Atlántico, como los famosos y heroicos descubridores del Nuevo Mundo.

Mi afán de ver tierras y abandonar la Península contrarió mucho a mi padre. Trató, pues, de disuadirme del viaje, aconsejándome la petición de la licencia absoluta. Pintome con los más negros colores la insalubridad de la isla y, el peligro de una campaña, en la cual me exponía a perecer obscuramente; me recordó que mi porvenir estaba en el profesorado y no en la milicia; apuntó, en fin, el temor de que, a mi regreso de Cuba, naufragaran mis conocimientos anatómicos tan laboriosamente adquiridos, dando además al olvido generosas aspiraciones.

Tenaz siempre en mis propósitos, atajé sus razones, diciéndole que consideraba vergonzoso desertar de mi deber solicitando la separación del servicio. «Cuando termine la campaña será ocasión de seguir sus consejos; por ahora, mi dignidad me ordena compartir la suerte de mis compañeros de carrera y satisfacer mi deuda de sangre con la patria.»

Para ser sincero declaro hoy que, además del austero sentimiento del deber, arrastráronme a Ultramar las visiones luminosas de las novelas leídas, el afán irrefrenable de aventuras peregrinas, el ansia de contemplar, en fin, costumbres y tipos exóticos...

Persuadido mi padre de que la resolución de su primogénito era inquebrantable, trató de dulcificar en lo posible mi futuro destino en las Antillas. Al efecto, procurome cartas de recomendación para el capitán general y otros personajes de la isla de Cuba. Confiaba en que, merced a ellas, se me destinaría a un puesto relativamente salubre, por ejemplo, a una guarnición en Puerto Príncipe, Santiago o la Habana.

Provisto, pues, de mis cartas y recibida la paga de embarque, me trasladé a Cádiz, donde debía zarpar el vapor *España* con rumbo a Puerto Rico y Cuba. Allí nos juntamos varios compañeros, entre ellos A. Sánchez Herrero, a quien acompañaba su señora, y Joaquín Vela, simpático paisano y casi condiscípulo mío, pues había terminado la carrera un año antes que yo.

La impresión que me produjo la *tacita de plata*, con sus casas blancas, sus calles aseadas, rectas, cruzadas en ángulo recto y oreadas por la brisa del mar, fue excelente. No fue tan grata la causada por los gaditanos. Acaso por mi aire de doctrino, que convidaba a la burla, o por el hábito consuetudinario de explotar sin conciencia al forastero, ello es que, en los dos o tres días pasados en la ciudad andaluza, sólo tuve desazones.

Ya, al salir de la estación, topé con una caterva de faquines y granujas que, sin hacer caso de mis protestas, repartiase instantáneamente mis efectos; y al llegar al hotel (recuerdo que era el *Hotel del Telégrafo*), se armó formidable trapatiesta sobre si éste llevó un paraguas, esotro una maleta, aquél un bastón y el de más allá creyó oír la orden de cargar con el baúl, adelantándosele un compañero... Poco menos que a empujones tuve que sosegar a aquella chusma, amén de repartir buen puñado de pesetas; y eso ante las barbas de los representantes de la autoridad, que lo tomaban todo a chacota.

Llegado el siguiente día, visité algunos comercios. Sorprendiome el escandaloso precio de las prendas de uso común: por un sombrero que en Madrid costaba veinticuatro reales, pedíanme en todas las tiendas cincuenta. Un compañero más avisado que yo me aclaró el enigma, informándome que los marchantes gaditanos estaban confabulados para saquear metódica y despiadadamente al forastero, singularmente al *indiano*, encareciendo hasta el doble el costo de las ropas, sombreros y artículos de viaje. En las calles, resultaba oneroso preguntar a un mirón o a un mozo de cuerda, porque a seguida alargaba la mano para cobrarse el servicio. Tan en las entrañas de aquella gente estaba la explotación inconsiderada del extraño, que hasta los mozos del hotel cobraban un tanto por ciento por cada viajero conducido a tiendas, cafés o casas de recreo. A las cuales me abstuve de asistir, recordando los regalos con que las gaditanas obsequiaron a Alfieri.

Para terminar con estas enfadosas socaliñas, referiré lo que me ocurrió al embarcarme. Ajusté un bote en el puerto para abordar el vapor, y hacia el comedio de la travesía, se me plantó en seco el patrón. Y dejando los remos, me dijo «que por reinar furioso levante debía yo, según tarifa, abonarle el doble por adelantado». A todo esto faltaba media hora escasa para la salida del trasatlántico. Exasperado por el cinismo del patrón y harto de sonsacas y burlas, fuime derecho al *truchimán*, y agarrándole por el cuello le grité con voz colérica: «¡O rema usted con toda su alma, o le rompo ahora mismo el bautismo!»... Por fortuna, al sentir las rudas caricias de mis puños, amansose el pillastre, tornando con ardor a la faena y murmurando «que todo había sido pura broma». El terrible *levante* se había desvanecido en un santiamén.

Supongo que, desde tan remota fecha, las cosas habrán cambiado mucho, y que las autoridades locales, celosas del buen nombre de la ciudad y atentas a la salvaguarda de sagrados intereses económicos, se habrán dado maña para desterrar tamaños excesos. Porque estas cosas, que parecen pequeñas, tienen suma transcendencia para la prosperidad de un emporio comercial. En cuanto a mí, quedé tan escarmentado, que jamás, ni aun habiendo pasado después varias veces en mis jiras andaluzas cerca de la patria de Columela, he sentido tentación de visitarla.

Hay abusos que no se olvidan jamás. Y no me extrañó cuando supe, años después, que casi toda la actividad comercial y marítima de Cádiz había sido absorbida por Barcelona, siendo poquísimos los barcos nacionales y extranjeros que hacían escala en aquella ciudad”.

### **3. CARGANDO LAS ARMAS: LA GUERRA EN ACCIÓN**

El 17 de junio de 1874 llegó con veintidós años de edad a La Habana. Fue destinado don Santiago, por no haber querido utilizar las recomendaciones que su padre le había dado para el capitán general, lo que le habría permitido quedarse en La Habana, a una enfermería del Departamento Central de Puerto Príncipe, actual provincia de Camagüey. En barco se trasladó a Nuevitas y en tren blindado a Puerto Príncipe, alojándose en la "Fonda del Caballo Blanco". Allí contrajo el paludismo y, en alguna ocasión, tuvo que defender el puesto, armando a los enfermos, contra el ataque de los Cambises.

Cajal llegó al territorio agramontino a un año de la muerte del insigne patriota camagüeyano Ignacio Agramonte y Loynaz, Licenciado en Derecho Civil y Canónico, gallardo joven, intransigente y valiente revolucionario, contado entre los primeros iniciadores de la contienda independentista cubana. Agramonte cae en combate el 11 de mayo de 1873 cuando una bala le atraviesa la sien en el combate de Jimaguayú.

La Inspección de Sanidad ubicó al joven médico militar en el hospital de campaña de "Vista Hermosa", en plena manigua inhóspita. Un hospital carente de medicamentos y provisiones, de difícil acceso y mala comunicación.

Participó en una escaramuza con un grupo de mambíses que atacaran el puesto militar. Cajal, fusil en mano y dirigiendo a los enfermos hospitalizados, logró evitar que tomaran el hospital bajo su regencia.

El futuro sabio dedicaba parte de su tiempo libre a observar las aguas sucias encharcadas a través de un microscopio que se había agenciado, buscando microorganismos. Esto llamó la atención del comandante del puesto militar, que remitió un informe a las autoridades en Camagüey haciendo referencia a que el "físico" Cajal se pasaba las horas del día mirando por un tubo, por lo que solicitaba se le trasladase. Todavía no había dado a conocer su teoría científica acerca del agente transmisor de la fiebre amarilla el Dr. Carlos J. Finlay, ilustre sabio camagüeyano, y el microscopio no era un instrumento muy usado por los médicos cubanos de la época.

Poco después Cajal fue trasladado a otro hospital de campaña en "San Isidro", cerca de Nuevitas, a la trocha militar del Este. Las trochas eran en Cuba caminos bordeados por empalizadas de muchos kilómetros de longitud y defendidos por retenes militares. Se hacían para dividir el territorio e impedir la comunicación de los rebeldes de unas provincias con los de las restantes. Las trochas se trazaban de norte a sur cortando la isla por las zonas más estrechas. Pero, opinaba Cajal, aquello no servía más que para inmovilizar a gran número de efectivos del ejército en un terreno insalubre. Y cuenta que, en el fortín donde él estuvo, hubo épocas en que las tres cuartas partes de las guarniciones de la trocha estaban de baja por enfermedad.

La intensa labor en el ejercicio de la medicina militar en la manigua pantanosa, asistiendo a los soldados españoles heridos, enfermos de paludismo, de disentería y de fiebre amarilla, llevó a Cajal al agotamiento físico extremo.

Paso una convalecencia en Camaguey, la conocida Ciudad Prócer. El propio Cajal de esta etapa atestigua: "...fue la época más agradable de mi estancia en Cuba". La permanencia en la urbe camagüeyana le fue altamente beneficiosa para su maltrecha salud.

El subinspector de Sanidad Militar lo nombró provisionalmente miembro del cuerpo médico de guardia del Hospital de Puerto Príncipe.

De regreso a "San Isidro", lugar más insalubre e inhóspito que "Vista Hermosa", enfermó de disentería y paludismo, de los que casi muere. Con el diagnóstico de caquexia palúdica grave y declarado "inutilizado en campaña" fue dado de baja del servicio militar y enviado de regreso a su país. Llegó a España en junio de 1875 por el puerto de Santander, Cantabria, convertido en una ruina humana, que en nada recordaba al vigoroso y atlético joven que arribara un año antes a Cuba, donde experimentó una dolorosa experiencia militar.

La triste participación de Ramón y Cajal como capitán médico de la Sanidad Militar del Ejército Español en nuestra Guerra Independentista de los Diez Años (1868-1878) quedaron marcadas por sus experiencias en contacto con el sistema administrativo y militar español en su estancia ultramarina. Estas fueron para él tan duras como las enfermedades que contrajo. Enfrentó a la corrupción administrativa, a la incapacidad e inmoralidad de gobernantes y mandos del ejército. Desde los cocineros y la oficialidad del destacamento hasta el comandante del puesto, que sustraían en beneficio propio la comida y los recursos que a los enfermos y heridos faltaban.

Se vio obligado a sobornar a funcionarios para poder recuperar la mitad de sus salarios atrasados, que de lo contrario, amenazaban con dilatarse indefinidamente y perderlos.

Don Ramón y Cajal contó sus experiencias cubanas en el libro *Mi infancia y mi juventud*, y sus relatos y juicios acerca del estado de cosas de la isla mantuvieron su vigencia hasta el año del Desastre. En aquel tiempo, los Cambises o insurrectos hacían la guerra a los gorriones o patones, que era como los cubanos llamaban a los españoles.

Cajal describe en su libro la belleza de La Habana, se admira de la variedad vegetal de la isla y sus sabrosos frutos, y dedica encendidos párrafos a la "delicada femineidad" de las mujeres cubanas que, dice, han adquirido "así en lo espiritual como en lo físico, dulzuras excepcionales o desconocidas

Pasó después a la enfermería de la trocha militar del Este. Las trochas eran en Cuba caminos bordeados por empalizadas de muchos kilómetros de longitud y defendidos por retenes militares. Se hacían para dividir el territorio e impedir la comunicación de los rebeldes de unas provincias con los de las restantes. Las trochas se trazaban de norte a sur cortando la isla por las zonas más estrechas. Pero, opinaba Cajal, aquello no servía más que para inmovilizar a gran número de efectivos del ejército en un terreno insalubre. Y cuenta que, en el fortín donde él estuvo, hubo épocas en que las tres cuartas partes de las guarniciones de la trocha estaban de baja por enfermedad.

También cuenta don Santiago que siempre tuvo dificultades para cobrar su sueldo y que, cuando fue a reclamar sus haberes atrasados antes de marcharse de la isla, se vio obligado a sobornar al funcionario pagador con un 40% de lo que se le adeudaba. Desde el jefe de la guarnición, asegura, hasta el cocinero, todo el mundo procuraba estafar al Estado. Los enfermos se quejaban de que les daban raciones de gallinas insípidas y estropajosas. Y era porque los cocineros les sacaban previamente el caldo y la sustancia y daban el resto a los enfermos. Por otra parte, los practicantes del hospital, de acuerdo con el cocinero, cargaban raciones suplementarias en la libreta de prescripciones y luego traficaban con ellas. Cuando Cajal puso los hechos en conocimiento del jefe de la Comandancia, no sólo no hizo nada para poner fin a la situación descrita sino que la calificó de “chinchorradas”.

La integridad de Cajal le hizo indisponerse con casi todos los oficiales y empleados, que hacían su agosto mientras él tenía que pedir préstamos para suplir los haberes que no llegaban. Con gracia cuenta un enfrentamiento con el comandante del fortín, el cual dispuso que sus dos caballos pasaran las noches en la enfermería a fin de protegerlos de los merodeadores. Se opuso Cajal a tan antihigiénica medida, pues todo el hospital olía a cuadra. El jefe le expedientó, aunque la cosa no llegó a mayores porque las autoridades comprendieron lo absurdo de la exigencia del comandante.

Pinta don Santiago a una oficialidad de gente alcohólica, lujuriosa, ladrona y jugadora, y a la tropa como una procesión de suplicantes enfermos de paludismo, disentería, úlceras crónicas y viruela. En su libro, escrito mucho antes después de su regreso de la isla, Cajal echa las culpas de esta situación a la ofuscación y terquedad de los gobernantes y su política de “hasta el último hombre y la última peseta”. “Pensaban”, añade. “que a Cuba, esa Cuba que nos aborrecía y cuya independencia, deseaba por América entera, era inevitable, valía la pena de sacrificarle España”.

Llegó la hora del regreso y Cajal enfermo, partió de La Habana rumbo a Santander:

“Días antes de zarpar el vapor, y cuando obraban en mi poder el pasaporte y el billete para el viaje, sufrí un ataque de disentería aguda. ¡El naufragio a la vista del puerto! ¡Qué angustia devoré al verme nuevamente postrado en el lecho, sin amigos que me atendieran y precisamente en el ansiado momento de la liberación! Por fin, la Providencia, apiadose de mí. Y aprovechando, impaciente, cierta débil mejoría, embarqueme precipitadamente en el vapor España, que zarpaba rumbo a Santander.

Conmigo abandonaron la isla también muchos soldados inutilizados en campaña. Los desventurados estaban enfermos como yo; pero, menos atendidos, viajaban en tercera, hacinados en montón y sometidos a régimen alimenticio insuficiente o poco reparador. Yo me complacía en cuidarlos, procurándoles medicamentos y alentando sus esperanzas. Algunos de aquellos infelices fallecieron durante la travesía. ¡Qué desgarrador espectáculo contemplar a la alborada el lanzamiento de los cadáveres al mar...! En cambio, otros enfermos más afortunados mejoraban a ojos vistas. Al alivio cooperaban la pureza del aire y la ausencia de nuevas infecciones; pero obraban con superior eficacia estos dos supremos tónicos espirituales: la esperanza de ver pronto el patrio terruño y la alegría de incorporarse al seno del hogar.

Yo fui uno de los rápidamente aliviados por el ambiente puro del mar. A mi arribo a Santander era otro hombre: comía con apetito, estaba sin fiebre y podía corretear

por la ciudad montañesa. ¡Me había salvado! Quedábame sólo cierta demacración alarmante y la palidez pajiza de la anemia.

Después de pintar un cuadro de tristeza desgarradora, bien será dar una nota amena. Fue siempre nuestro país fecundo solar del hampa y de la picaresca. Quevedo podría escribir hoy, si resucitara, sus más graciosas jácaras. En esto no hemos degenerado todavía. El lector adivinará fácilmente que en un trasatlántico español, donde se dan cita todas las clases sociales, no podían faltar, además de hembras de vida alegre y ejemplares típicos de petardistas de oficio y empleados concusionarios, algunos genuinos representantes de aquella castiza fullería tan perfectamente retratada por nuestros escritores del Siglo de Oro. Tocome precisamente ser compañero de camarote de uno de estos jugadores de ventaja, el cual no tenía más ocupación ni granjería que ir y venir continuamente de España a Cuba, a fin de limpiar, en unión de otros compinches y con los mejores modos posibles, la bolsa de los indianos opulentos, de los comerciantes con ahorros y de los jefes y generales con suculenta pacotilla.

Nuestro elegante tahúr viajaba siempre en primera, lucía en sus dedos enormes solitarios, colgaba el reloj de aparatosa leontina y vestía con esa fastuosidad presuntuosa y cursi característica del plebeyo enriquecido. Desde el primer día fingió compadecerse de mi desgracia; y deseando protegerme y proporcionarme distracciones adecuadas a mi estado, invitome amablemente a una partida de banca en la cual, gracias a las habilidades de mi generoso protector, debía yo ganar infaliblemente.

-Yo no tallo nunca -decíame alardeando modestia-. Limitome no más a apuntar a una carta pequeñas cantidades. Sólo cuando a las cuatro o cinco manos conozco, por las señales del dorso, unos cuantos naipes y éste es mi secreto, hago puestas de importancia ganando siempre.

De todos modos yo salí con mi empeño de purificar, en lo posible, la administración del hospital. En lo sucesivo, irregularidades, malversaciones y chanchullos, si los hubo, redujéronse a un mínimo tolerable.

¡Cuán desconsolador para un corazón de patriota es, después de cuarenta y nueve años, reconocer que todavía buena parte de nuestros militares, empleados y hasta próceres políticos siguen entregados al saqueo del Estado! Y es que para muchos españoles el Estado es pura entelequia, vacuo ente de razón. Estafarle equivale a no estafar a nadie. ¡Singular paradoja creer que no se roba a nadie cuando se roba a todos!.... Perdido el sentimiento religioso, que antaño contuvo algo inveteradas codicias, no hemos sabido sustituirlo con el patriotismo, la religión fuerte y moralizadora de las naciones poderosas”.

## 4. CONCLUSIÓN

La denominada “Guerra de diez años” se había iniciado el 9 de octubre de 1868. A Cajal lo impulsaba a viajar a Cuba, además del sentimiento patriótico que bullía en su pecho, el deseo de trabar conocimiento con el exótico “Nuevo Mundo”. Pero estas

ilusiones juveniles de querer convertirse en el héroe expedicionario, iban a tener un destino casi trágico.

En Cuba, en vez de enfrentarse a los fusiles enemigos, se convirtió en la víctima despiadada de los mosquitos. Pronto presentó los ataques del paludismo, con sus accesos febriles, la anemia y la esplenomegalia, que lo llevan a una situación de caquexia palúdica. Además, se agregaron los estragos de la disentería. En vista de su crítica situación con grave riesgo de muerte, y después de ser trasladado a varias enfermerías, se le concedió la baja con el diagnóstico de caquexia grave

Cajal como capitán médico, sufrió todas las carencias y adversidades de nuestros súbditos en Cuba: hambre, enfermedad, peligros sin fin, y además, el amargo testimonio de una corrupción generalizada y la clara percepción de la inutilidad del esfuerzo. El patriotismo de defender Cuba y de aliviar los sufrimientos de sus soldados se transformaron en rabia y ésta en claudicación.

## 5. BIBLOGRAFÍA

Santiago Ramón y Cajal (1998). *Ramón y Cajal y la guerra de Cuba. Apuntes autobiográficos*. Introducción y comentarios de Santiago Ramón y Cajal Junquera, Cremallo / Gobierno de Aragón, Zaragoza. 120 pp. Ilust. ISBN 84-92384301.

Josep Conangla (1998). *Memorias de mi juventud en Cuba. Un soldado del ejército español en la guerra separatista (1895-1898)*, Edición e introducción de Joaquín Roy, Barcelona: Península. 260 pp. ISBN 84-83071142.

Juan Bosco Amores (1998). *España y Cuba (1868-1898): el final de un sueño*, Pamplona: EUNSA.

Álvarez Gallego G. (1952). *Cuando Ramón y Cajal estuvo en Cuba*. La Habana: Bohemia.

Monteros Valdivieso MY. (1955). *Vida de Cajal*. La Habana: Ed. Lex.

Navarrete y Sierra A. (1955). *Vida y Obra de Cajal*. La Habana. Cultural S. A.

Ramón y Cajal, S. (1955) *Mi infancia y juventud*. 6º edición. Madrid: E. Calpe.

Álvarez Sierra, J. (1951). *Ramón y Cajal*. Madrid: Editora Nacional.